

LLEGADA Á GUADALAJARA

Por lo demás, excusado es decir que el pobre comandante ni tenía aventuras de amor, ni aunque las tuviera serian del carácter de las de Flores.

Era profundamente antipático para las mujeres, y él, que lo conocía, no las frecuentaba.

Siempre vestido con su uniforme cuidadosamente aseado, pero sin lujo, cuando asistía á algún baile, que era pocas veces y obligado por el coronel, se mantenía en un rincón y se retiraba á poco tiempo.

Así pues, ni una triste cualidad tenía mi comandante. Era un pobre diablo, bien seco, bien fastidioso, bien repulsivo.

Pero al día siguiente de aquel en que llegamos á Guadalajara, le vimos transformarse; lo que nos hizo pensar mucho.

En la mañana se peinó, se vistió esmeradamente y salió del cuartel, dirigiéndose á una de las calles centrales.

En la tarde volvió muy contento, trayendo en la mano un pequeño ramillete de heliotropos.

Alguno le dijo chanceándose :

— Parece que viene vd. contento, comandante : ¡cosa rara! trae vd. flores, cosa más rara todavía. ¿Qué milagro es este?

— ¡Oh! es una cosa muy sencilla, respondió; hace tanto tiempo que no veo á ninguno de mis deudos, que me alegro de encontrar uno aquí!

— Hola! ¿tiene vd. aquí un deudo?

— Sí.

— ¿Es uno, ó una?

— Una.... es una prima mía, contestó sonriendo y haciéndose comunicativo por la primera vez.

— Linda, eh, comandante?

— Sí, es guapa, muy guapa.

A estas palabras Enrique Flores se acercó al grupo que se había formado en torno de Valle.

— Y bien, compañero, ¿conque tiene vd. primas guapas? pues vea vd., yo creía que no tenía vd. parientes en este mundo.

— Si los tengo, respondió Valle, tengo muchos, más de los que vd. cree, y en posición que vd. no sospecha : sólo que yo los detesto á casi todos.

— Es claro; vd. detesta á todo el mundo. Pero vamos á ver, ¿aborrece vd. también á la primita?

— No; á ésa no, ni tengo motivo : ahora la conozco, y á primera vista creo que es una buena criatura.

— A primera vista, ¡pícaro! eso quiere decir que es bella! Caballeros, he aquí el prodigio, Valle enamorado, Valle el taciturno, Valle el huraño, Valle el enemigo de las pasiones, Valle el que se reía con desdén de nuestras debilidades, he aquí que se humaniza, que se hace accesible, que se apasiona.... ¡Mal negocio, compañero, mal negocio! va vd. á hacer más locuras que nosotros, porque los empedernidos como vd., cuando resbalan, no paran hasta el abismo.

Valle recibió esta andanada que el burlón comandante le dirigió con su volubilidad y buen humor de costumbre, y se encogió de hombros.

— Conoceremos á la primita, por supuesto, añadió Flores : esto es si vd. no lo lleva á mal, si no se vuelve vd. un Otelo, porque también es otra gracia de los taciturnos y de

los castos; cuando se enamoran se hacen celosos como unos árabes.

— No hay inconveniente, replicó Valle. Vd. la conocerá si ella lo permite, que si lo permitirá. Es una joven amable y admirablemente educada, y que tendrá mucho placer en conocer á mis camaradas.

— Muy bien, concluyó Flores, vd. señalará el día de nuestra presentación, y que sea pronto, porque es preciso comenzar á hacer conocimientos en esta ciudad, que es un búcaro de rosas, que es un rido de ángeles.

Y dando un golpecito con familiaridad en el hombro de Valle, se retiró, haciendo nosotros lo mismo, no sin decir cada uno con malignidad :

— ¡Pobre primita, con Enrique!

Ahora bien : faltábame decir á vdes. que el comandante no parecía querer á nadie en el cuerpo, más que á Enrique. Sea que el carácter simpático de Flores hubiera ejercido su influencia de siempre en el ánimo de Valle, sea que éste por miras secundarias tuviese necesidad de aparentarla, el hecho es que manifestaba frecuentemente una sincera afección hacia el comandante.

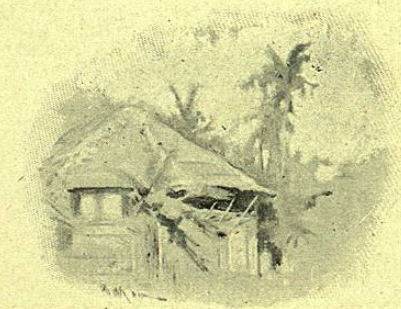
Le hablaba algunas veces sobre asuntos menos serios que los del servicio militar, le ayudaba en los trabajos de su escuadrón, par-

ticularmente á llevar su papelera, lo que hacía con facilidad y acierto; y algunas veces se propasó hasta regalarle alguna botella de exquisito vino, ó un ramillete para que obsequiase á sus queridas.

Flores, en cambio, le reñía por su carácter reservado, le encargaba comisiones enfadosas, manifestándole de este modo su predilección, y aun solía pedirle consejo en asuntos del servicio.

Así, pues, se había entablado entre ambos jóvenes, si no una amistad, al menos una relación que no era la del odio.

Esto explica la amabilidad con que Valle prometió á Enrique llevarle á casa de su prima.



VI

GUADALAJARA DE LEJOS

Hallábase Guadalajara en aquellos días llena de animación.

A propósito, me parece conveniente hacer á vdes. la descripción de esta hermosa ciudad que tal vez no conozcan.

Guadalajara, que á justo título puede llamarse la reina de Occidente, es sin duda alguna la primera ciudad del interior, pues si bien León tiene una población más numerosa, y Guanajuato la tiene casi igual, la circunstancia de ser la primera de estas dos ciudades muy pobre y escasa de monumentos, y de estar la segunda situada en un terreno áspero y sinuoso, aunque rico en metales, hace que Guadalajara por su belleza, por su situación topográfica,

por su antigua importancia en tiempo de los Virreyes, la que no ha disminuído en tiempo de la República, sea considerada superior, no sólo á las ciudades que he mencionado, sino á todas las de la República.

La antigua capital de la Nueva Galicia, que contaba en el año de 1738 más de ochenta mil habitantes, según afirma Mota Padilla, cronista de todos los pueblos de Occidente, ateniéndose á los padrones de su tiempo, razón por la cual me parece extraño que el célebre Barón de Humboldt no le haya concedido más que diez y nueve mil, parece conservar una población igual á la que tenía en el siglo pasado, aunque según los datos estadísticos recientes, se afirma que disminuye.

Esto, y el hecho de ser el centro agrícola y comercial de los Estados occidentales, así como el haber representado siempre un papel importantísimo en nuestras guerras civiles, dan á Guadalajara un interés que no puede menos de inspirar la curiosidad más grande á los viajeros mexicanos que la ven por primera vez.

Yo particularmente sentía un placer inmenso en ir acercándome instante por instante á la bella ciudad que había oído nombrar á menudo como la tierra de los hombres valientes y las mujeres hermosas, y esto me compensaba

en parte de la contrariedad que sufría por verme alejado del círculo de los sucesos militares.

Guadalajara está separada del centro de la República por una faja de desierto que comienza en Lagos, y que con la única interrupción de Tepatitlan, pequeño oasis famoso por la belleza de las *buries* que le habitan, concluye á las puertas de la gran ciudad: de modo que ésta se muestra al viajero que la divisa á lo lejos, más orgullosa en su soledad, semejante á una mujer que dotada de una hermosura regia se separa del grupo que forman bellezas vulgares, para ostentarse con toda la majestad de sus soberbios encantos.

Por el lado de las poblaciones centrales de México, Guadalajara está defendida naturalmente por el caudaloso río de Santiago, que nacido en la gran mesa del Anahuac, y después de formar el lago de Chapala, va á desembocar en el mar Pacífico.

Por el Occidente se alza gigantesca y grandiosa una cadena de montañas cuyos picos azules se destacan del fondo de un cielo sereno y radiante.

Es la cadena de la Sierra Madre que atraviesa serpenteando el Estado de Jalisco, y cuyos ramales toman los nombres de *Sierra de Mascota*, *Sierra de Alica*, y más al Norte el de *Sierra del Nayarit*, yendo después á formar las

inmensas moles auríferas de Durango, hasta salir de la República para tomar en la América del Norte el nombre de *Montañas Pedregosas* (*Rocky Mountains*).

En el centro de este valle, trazado por el gran río y por la gigantesca cordillera, se halla asentada Guadalajara.

Magnífico es el aspecto que presenta al que la ve, llegando por el lado del Oriente, y después de trasponer las últimas colinas que bordean la ribera del Santiago por el paso de Toluotlan.

La vista no puede menos de quedar encantada al ver brotar de la llanura, como una visión mágica, á la bella capital de Jalisco, con sus soberbias y blancas torres y cúpulas, y sus elegantes edificios que brillan entre el fondo verde oscuro de sus dilatados jardines.

Todavía más que Puebla, Guadalajara parece una ciudad oriental, pues rodeada como está de una llanura estéril y solitaria, encierra en su seno todas esas bellezas que traen á la memoria la imagen de las antiguas ciudades del desierto, tantas veces descritas en las poéticas leyendas de la Biblia.

Efectivamente, la llanura que rodea á la ciudad da un aspecto extraño al paisaje, que no se observa al aproximarse á ninguna de las otras ciudades de la República.

En las mañanas del estío, ó en los días del otoño y del invierno, como en los que llegué por primera vez á Guadalajara, aquel valle es triste y severo; el cielo se presenta radioso y uniforme, pero el sol abrasa y parece derramar sobre la tierra sedienta torrentes de fuego.

La brisa es tibia y seca; y el suelo, pedregoso ó tapizado con una espesa alfombra de esa arena menuda y bermeja que los antiguos indios llamaron con el nombre genérico de *Xalli*¹, de donde se deriva Jalisco, se asemeja á la rambla de un inmenso lago disecado, ó al relleno cráter de un volcán extinguido hace millares de siglos.

Esto, como he dicho, en los tiempos calurosos : pero en la estación de aguas todo allí cambia de aspecto.

El cielo aparece siempre entoldado de nubes sombrías y tempestuosas; la cordillera no se distingue en el horizonte oscuro; la ciudad se envuelve en un manto de lluvia; silba el viento de la tempestad en la llanura desierta; se estremece el espacio á cada instante con el estallido del rayo, y el valle todo aparece magníficamente ceñido con una corona de tormentas.

En pocos lugares de la República puede contemplarse el grandioso espectáculo que en

1. *Arena*, lenengua nahuatl.

Guadalajara, que pudiera llamarse la hija predilecta del trueno y de la tempestad.

Parece también que este cielo y esta atmósfera influyen en el alma de los hijos de la ciudad, pues hay algo de tempestuoso en sus sentimientos; y en sus amores, en sus odios y en sus venganzas se observa siempre la fuerza irresistible de los elementos desencadenados.

Pero volviendo al camino de Guadalajara, observaré que no se advierte al aproximarse á ella ese movimiento, esa animación que anuncian la proximidad de una ciudad populosa.

Ni carros, ni caminantes, ni rebaños se divisan en aquellas cercanías.

Apenas atraviesa veloz uno que otro jinete por aquellos senderos arenosos y tristes. El silencio rodea por todas partes á la más alegre y bulliciosa de las ciudades de Occidente.

Así avanzando, y cuando se camina absorto contemplando á lo lejos aquel cuadro de desolación, repentinamente una oleada de brisa fresca y balsámica anuncia al viajero que ha llegado por fin al suspirado oasis de Jalisco.

Casi sin apercibirse de ello toca uno en ese pueblecillo delicioso que se llama San Pedro, por el cual se entra á Guadalajara como por una portada de verdura y de flores.

San Pedro es un lugar de recreo con lindas casas de campo y bien cultivados jardines. Desde que se entra en sus callecitas alegres y risueñas, se comprende que el paraíso va á compensar á uno del fastidio del desierto.

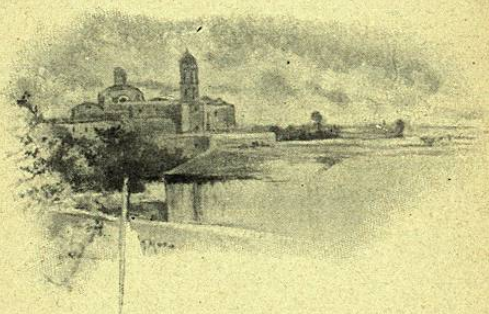
Sobre las cercas, cubiertas con millares de parietarias, se asoman la oscura copa del nogal, el zapote de hojas brillantes, la magnolia con sus grandes y blancas flores, y el naranjo con sus pomos de oro.

Los árboles de diversas zonas se mezclan allí en admirable consorcio. El plátano confunde á veces sus anchos abanicos con los ramajes del albaricoque, y el chirimoyo se cubre de flores á la sombra de la higuera. El granado se cobija bajo las ramas del olivo, y el limonero y el manzano parecen alargarse mutuamente sus aromáticos frutos.

Se comprende, al ver esto, el por qué se ha dado á Jalisco el nombre de la *Andalucía de México*, y por qué el buen Mota Padilla, hijo cariñoso de Guadalajara, haya dicho, al hablar de ella: *que está situada en país alegre, abastecido y regalado.*

No menos entusiasta que Mota Padilla, yo también me he difundido, señores, de una manera que parecerá fastidiosa á quien no estime aquella tierra, á la que me siento unido por la dulce cadena de los recuerdos.

Perdonen ustedes mi afición á describir, y no la juzguen tan censurable mientras que ella sirva para dar á conocer las bellezas de la patria, tan ignoradas todavía.



VII

GUADALAJARA DE CERCA

Por una calzada de hermosos fresnos se atraviesa en un instante la pequeña distancia que hay de San Pedro á Guadalajara.

Desde que se penetra en sus primeras calles hay algo que simpatiza profundamente; se ve algo semejante á la sonrisa de una familia hospitalaria : se diría que una mujer amable y buena le abre á uno los brazos y le estrecha contra su corazón.

Yo conozco muchas ciudades de la República, caballeros, y puedo asegurar á vdes. que al atravesar por primera vez el dintel de algunas de ellas, he sentido algo que me repelia, se me ha oprimido el corazón como al penetrar en una ciudad enemiga ó en una cárcel.

En cada habitante que he encontrado en las calles me ha parecido ver un pícaro : cada cara me ha mirado con ceño, y la población entera se me ha figurado que me hacía una mueca de odio y de insulto. Y aunque parezca singular, puedo añadir también que en cada una de estas poblaciones *chocantes* he tenido siempre jaqueca durante el tiempo que he permanecido en ellas, el cual he procurado abreviar para no morirme de tedio, deseando al alejarme, lo mismo que aquellos dos discípulos de Jesús al pasar por una ciudad que les cerraba sus puertas; esto es : que lloviera fuego del cielo para que las consumiera como á la antigua Sodoma.

Tengo esta debilidad, así como tengo la contraria, á saber : la de apasionarme de los lugares que á primera vista me son simpáticos.

Guadalajara lo fué.

En cada habitante que se detenía á ver pasar nuestra columna, creí ver un íntimo amigo, y ganas tuve más de una vez de apearme del caballo para ir á abrazar á la primera vieja que se asomaba á su ventana, para sonreírnos con benevolencia, ó á la muchacha del pueblo que fijaba en nosotros sus negros ojos con mil promesas de tierna confianza.

En Jalisco hay, como en todos los Estados de la República, *provincialismo* : pero no es ese

provincialismo celoso y estúpido que cierra al extraño las puertas, y que le ve como á un animal feroz ó como al *gato* de la Edad Media; sino ese sentimiento apasionado hacia todo lo que pertenece á la tierra natal, y que sin ser exclusivista procura embellecer lo propio á los ojos del extraño.

Así es que en Guadalajara, apenas llega un mexicano cuando veinte personas le rodean afectuosamente, le invitan á pasar á la casa, le brindan con la más franca hospitalidad, le procuran relaciones, y le inician, por decirlo así, en todas las intimidades de aquella sociedad.

Se procura hacer deliciosa la mansión del viajero, se desea que encuentre el placer en todas partes, y se logra por fin que lleve de Guadalajara los recuerdos más alegres y duraderos.

Se conocerá la diferencia que hay, por ejemplo, entre el carácter de Guadalajara y el carácter de Puebla, en lo siguiente :

En Puebla invitan al forastero á visitar las iglesias : en Guadalajara á visitar los establecimientos de beneficencia : en Puebla, después de infinitas pruebas parecidas á las que se exigen del profano antes de entrar en la masonería, los amigos, como una gran muestra de confianza, le ofrecen agua bendita y rezan con él un *via-crucis*; en Guadalajara, á los diez

minutos de haber sido presentado le ofrecen un banquete y apuran en su compañía la copa de la amistad.

En otras partes las mujeres apenas asoman las narices por sus balcones para ver pasar al viajero, y se apresuran á esconderse para no ser examinadas de cerca.

En Guadalajara las mujeres se presentan francas y risueñas, comprendiendo muy bien que no es preciso ser mojigatas para ser virtuosas.

Decía yo que el provincialismo en Guadalajara consiste en querer aparecer bien á los ojos del extraño, y por este sentimiento, que es el origen de todo patriotismo, no es raro oír encomiar en sus tertulias el valor de sus guerreros, el acierto de sus gobernantes, el talento de sus escritores y la belleza de sus mujeres.

Y á fé que tienen razón.

Jalisco es la tierra de Prisciliano Sánchez, de López Cotilla, de Otero, de Herrera y Cairo, de Cruz Aedo, y de Epitacio Jesús de los Ríos; y bajo aquel cielo de fuego se ha templado la lira de esa Isabel Prieto, que nacida en España, se ha desarrollado desde su niñez bajo la influencia de nuestro sol, y nos pertenece por entero, como nuestro Alarcón pertenece á España.

El carácter de los jaliscienses es demasiado

conocido para que tenga yo necesidad de detenerme en encomiarle.

En cuanto á las mujeres, en mi concepto, no sólo son hermosas sino divinas, y tienen además de los encantos físicos que el cielo les otorgó con mano pródiga, una cualidad que no es común, que va siendo más rara de día en día, que va á desaparecer del mundo si Dios no lo remedia :

El corazón, amigos míos, el corazón; lo que se llama hoy corazón; ¿entienden vdes.? No la entraña que yo, médico, no me atreveré á negar á ninguna mujer de la tierra, sino esa facultad que, como el verdadero talento, es un privilegio, y consiste en saber amar bien y cumplidamente, con ternura, con lealtad, sin interés, sin miras bastardas, sino en virtud de un sentimiento tan exaltado como puro.

Este culto del amor ya sólo existe en algunos puntos del globo : él ha sido hasta aquí la religión del género humano, pero desgraciadamente va sustituyéndose con la horrible idolatría del becerro de oro, que se halla extendida por toda la tierra, que gana prosélitos á cada momento, y que parece estar cobijada bajo las alas poderosas de la civilización.

¡ Blasfemia! diría cualquiera que me oyese hablar así. En efecto, blasfemia me parece

también á mi, cuando me pongo á reflexionar en que la civilización es la propaganda de todo lo bello y de todo lo bueno, y no puede de ningún modo reputarse tal, esa infame codicia que mata las más santas aspiraciones del alma.

Yo creo que esta especie de ateísmo que se burla de los sentimientos, y que no hace caso sino del estúpido goce material, no es más que el retroceso que toma una nueva forma, y que se envuelve y se mezcla entre las galas del progreso para emponzoñarle y destruirle, como un insecto que logra esconderse en el cáliz de una flor pomposa y perfumada para roerla y secarla.

Sea como fuere, nosotros advertimos, y esto es muy perceptible, que á medida que nuestro pueblo va contagiándose con las costumbres extranjeras, el culto del sentimiento disminuye, la adoración del interés aumenta, y los grandes rasgos del corazón, que en otro tiempo eran frecuentes, hoy parecen prodigiosos cuando los vemos una que otra vez.

Cuándo el mundo está así, la poesía es imposible, la novela es difícil, y sólo hay lugar para los cuentos de *cocottes* que hoy hacen la reputación de los escritores franceses, ó para las sangrientas sátiras que no por disfrazarse con la elegancia moderna son

menos terribles en la boca de los *Juvenal* del siglo XIX.

Leandro y Hero, Romeo y Julieta, Isabel Segura y Diego Marsilla, hoy serian dos tipos increíbles.

Por eso amo á Guadalajara : allí todavía el amor tiene un santuario y adoradores fieles : allí se sabe amar ; allí la civilización ha entrado, pero sin sus falaces arrees de codicia y de egoísmo.

Algunas excepciones habrá, pero la mayoría de las mujeres permanece fiel á las leyes del corazón.

Y esto que digo de Guadalajara, debe considerarse dicho de todo el Estado de Jalisco.

Si, señores ; aquella es una tierra en que la naturaleza se ostenta pródiga en las bellezas físicas y en las bellezas morales.

A veces han pasado sobre ella los huracanes de la guerra, dejándola asolada, ó ha corroido sus entrañas el crimen. Pero la savia poderosa de su vida se ha sobrepuesto á estas crisis pasajeras, y Jalisco se ha alzado de su abatimiento más lozano, más pomposo, más bello que nunca.

Su pueblo será grande cuando sus hijos, olvidando sus rencillas domésticas, comprendan que es en la unión donde encontrarán el secreto, para hacer que vuelva su país á su